

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION.

	PENINSULA.	EXTRANJERO.
Tres meses.	16 reales.	» »
Seis meses.	30 »	11 francos.
Un año.	60 »	21 »

Número suelto, real y medio.

FUNDADOR:

DON JOSÉ AMALIO MUÑOZ.

DIRECTOR:

DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

ADMINISTRACION: Jesus del Valle, 23 y 25, principal.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	SEMESTRE.	UN AÑO.
Cuba y Puerto-Rico.	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.	3 1/2 »	6 »
En los demás Estados de América, fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Madrid 21 de Junio de 1879.

NÚMERO 47.

SUMARIO.

TEXTO.—Covadonga.—Revista, por V. P. Nulema.—Crónica de París, por D. F. M. Melgar.—Trovas en lenguaje antiguo á la muerte de San Luis Gonzaga, por Don Miguel Mir, S. J.—La Misa de Requiem de Mozart, por V. S. C.—Los Grabados, por X.—Cristina, por D. Ramon Segade.—Jeroglífico.

GRABADOS.—Eminentísimo Cardenal Carlos Luis Morichini, †.—La plaza principal de Constantinopla en días de crisis ministerial.—El paso de un rápido en los Estados- Unidos.

COVADONGA.

Con fecha 10 de Junio hemos tenido la satisfacción de recibir una cariñosísima carta del ilustre prelado de Asturias, dándonos las gracias, y su bendición paternal, por haber dedicado un número de LA ILUSTRACION CATÓLICA á las «Obras de Covadonga.»

El Sr. Sanz y Forés nos escribe momentos después de llegar del venerable Santuario, cuyos trabajos, dice, prosiguen muy lentamente, porque los recursos no permiten otra cosa. Con este motivo nos hace una súplica, que es para nosotros un mandato, tanto más eficaz, cuanto que honra con singular aprecio y confianza á LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Desea el celosísimo Prelado que recibamos los donativos con que quieran contribuir los fieles á la construcción de la iglesia de Covadonga, y que excitemos con todas nuestras fuerzas la piedad de los católicos para que llegue pronto á feliz término el monumento insigne de la reconquista de España.

Como abrir lista de donativos en las columnas de la Revista nos absorbería mucho espacio, creemos que lo mejor será dar recibo de las cantidades que nos remitan para tan santo objeto, y enviar periódicamente al señor Obispo las cantidades recaudadas.

Aunque los tiempos son malos, la penuria de los católicos casi general y las necesidades de la Iglesia cada día mayores, esperamos que para restaurar la memoria de Covadonga no han de faltar recursos, si España entera concurre con sus limosnas á tan patriótica y santa empresa. El Santuario de Covadonga es el solar de nuestros padres y la cuna de nuestras mayores glorias: ¿hemos de dejar entre ruinas tan venerable monumento, oculto y desconocido en la soledad de sus montañas?

Antes de cerrar estas líneas, y como continuacion

de la carta del insigne Prelado á que se refieren, diremos que el día 2 de los corrientes se celebró una gran peregrinacion al Santuario, á que concurrieron muchos miles de personas de todas las clases sociales. El entusiasmo de los fieles no tuvo límites. La memoria de Don Pelayo parece renacer de su sepul-

cro como prenda de mejores dias para la Iglesia y para España.

¡Quiera el cielo apresurar la hora de sus misericordias, para que luzca cuanto ántes en nuestro horizonte sombrío el sol de Covadonga!



EL EMINENTÍSIMO CARDENAL CARLOS LUIS MORICHINI †.

REVISTA.

Empujado por los meses de Julio y Agosto, el Guadarrama ha comenzado á replegar sus guerrillas; y si bien de noche aún se sienten circular por las calles, con aire reservado, sus rondas y patrullas, durante el día los rayos del sol no dejan parar á nadie en los sitios públicos, manteniendo en perfecta calma al vecindario, y al abrigo de los ataques que puedan venirle del Norte.

La crisis atmosférica, que nos ha tenido tantos días con el agua al cuello, se ha resuelto á gusto de los radicales. Ha triunfado el partido más avanzado, de ideas más ardientes y de sentimientos más fogosos; el partido asolador que abrasa cuanto toca, haciendo sumergirse en agua á todo bicho viviente.

En este concepto, el triunfo del verano equivale á un incendio y á una inundación; el que no corre peligro de quemarse, anda cerca de ahogarse: el fuego y el agua se disputan nuestros cuerpos, como dos fieras irritadas, y ¡ay! del que se quede seco y helado bajo el imperio de estos dos rivales.

En las calles de Madrid, durante el verano, la lucha es continua y encarnizada; el sol deja caer sobre nuestros hombros la capa del cielo, que nos abrumba, y los mangueros de la villa, regando á todas horas, nos ponen de agua como una sopa.

Sea como quiera, convertidos en carbones ó en peces, no hay más que resignarse con el tiempo y con sus incomodidades, y consolarse de los calores que vienen pensando en los frios que se van.

Lo que agrava en Madrid las molestias del verano, es la falta de policía en los establecimientos públicos y en la construcción de las casas.

Por lo que hace á lo primero, tenemos ejemplos recientes en los incendios que han ocurrido al desarrollarse los calores. El domingo ardió en Chamberí una fábrica de fósforos, y el lunes otra de bujías y jabones en el paseo de San Isidro. No serán estos solos, por desgracia, los fuegos que ocurran.

Y es natural: las materias inflamables son siempre peligrosas; pero en verano, y más aún al entrar el calor, son expuestas á continuos riesgos. Los fabricantes, que debieran pensar en esto, se duermen en la confianza de su fortuna, ó se preocupan en los rigores de su suerte; y las autoridades encargadas de velar por los intereses públicos, suelen, las más de las veces, cuidarse con preferencia de los propios.

El resultado es palpable: vienen los incendios, los hundimientos y las explosiones á aumentar el catálogo, no escaso, de nuestras desventuras sociales.

Por lo que hace á la construcción de las casas, lo que sucede en Madrid es absurdo, y como absurdo funesto y deplorable. La codicia se ha erigido en arquitecto, y edifica casas que para torres serían altas y para cárceles estrechas. En nada se estiman las condiciones del clima, las exigencias de la higiene y la desigualdad de las fortunas; la casa no es ya la morada del hombre, su hogar, donde se forma y cria la familia, donde se pasa la vida entre alegrías y penas, el oasis dichoso de este desierto que llamamos mundo. Nada de eso: la casa es una finca que produce su renta, y la renta es una cantidad que representa un capital en uso.

Subid un piso más á la casa, y subirá la renta; reducid unos piés más las habitaciones, y saldrán nuevos cuartos, que aumentarán el capital; la casa es una tierra y los vecinos granos de trigo que, enterrados en ella, van dando su fruto, como las espigas que corta y trilla el labrador.

Esta es una conquista del progreso moderno, y de las más características. El valor de las casas era antes muy escaso, y la familia más pobre podía disfrutar de una habitación cómoda y saludable. Hoy sucede lo contrario; ni las familias acomodadas pueden vivir con desahogo. A medida que las ciudades crecen, disminuyen las viviendas, y ya vamos viendo irse los pobres á vivir en cuevas por no poder habitar en las poblaciones encarecidas por el progreso.

Del cual podemos ofrecer aquí nuevos ejemplos. En estos últimos días han ocurrido cuatro ó cinco suicidios, y se ha descubierto una gran falsificación de billetes de Banco.

El aumento de suicidios acusa una falta creciente de sentimientos religiosos, sin los cuales la vida

sería insoportable, sobre todo cuando el afán de enriquecerse, para gozar, lleva á muchos á situación desesperada, en la que el suicidio se presenta como un remedio supremo.

Por eso enlazamos la frecuencia de los suicidios con la falsificación de los billetes de Banco, porque ambos hechos tienen un mismo origen: el apego exclusivo á los bienes de la tierra, con absoluto desprecio de las cosas del cielo.

Sin que tratemos de atenuar en lo más mínimo la gravedad del delito, se nos ocurre que la falsificación de billetes de Banco es la cosa más natural que puede ocurrir en una sociedad como la nuestra. ¿No se están falsificando las ideas y los sentimientos? ¿No se han falsificado muchas instituciones? ¿No está falsificado el lenguaje? ¿Qué otra cosa es la *civilización moderna*, sino una falsificación de la *civilización cristiana*?

Ahora bien; si estamos viviendo bajo una atmósfera de falsificaciones, ¿qué mucho que se falsifiquen los billetes de Banco, que son ya una falsificación de la moneda?

La sed hidrópica de bienes materiales es causa de esta y otras falsificaciones más terribles, y la falsificación de la vida humana—valle de lágrimas que se quiere transformar en paraíso de delicias—da origen á tantos suicidios como ensangrientan nuestras grandes ciudades, emporios del progreso moderno.

Algo de esto vino á decir el sábado último en el *Círculo de la Union Mercantil* el celosísimo y docto señor Obispo auxiliar de Madrid.

El cual, invitado por la Junta del *Círculo*, fué á él á pronunciar un discurso sobre la santificación de los días festivos, que fué escuchado con entusiasmo por la autoridad del orador, la claridad de sus razonamientos y la elocuencia de su palabra apostólica.

El Sr. Sancha es un prelado que conoce muy bien la época presente, y sabe aprovecharse de este conocimiento para propagar las buenas ideas, combatiendo en sus raíces los males que nos devoran. Por eso en el *Círculo Mercantil* su discurso produjo gran efecto, y ha dado por resultado el que se cerrasen al día siguiente, que era domingo, casi todas las tiendas de la capital.

El feliz éxito de la Conferencia, y el celo incansable del señor Obispo, harán que se repitan estas sesiones, con las cuales el *Círculo de la Union Mercantil* gana mucho, probando el sano juicio y la recta intención de sus socios.

Pidan estos el reino de Dios y su justicia, que lo demás se les dará por añadidura.

La Conferencia del señor Obispo auxiliar nos lleva como de la mano á decir dos palabras acerca de las que está predicando en la iglesia de San Pascual el Sr. D. Vicente Sánchez de Castro, lectoral de Leon.

Todas las tardes, á las cinco, la preciosa iglesia se ve inundada de fieles, que acuden á oír la palabra elocuente del virtuoso y docto sacerdote encargado de predicar el novenario del Sagrado Corazón de Jesús.

El Sr. Sánchez de Castro instruye con la copiosa doctrina de sus sermones y conmueve profundamente con la unción evangélica de su palabra dulce, persuasiva y siempre fluida, como torrente de aguas vivas.

El fruto que alcanza es copioso, y ójala que la hora, el sitio y los calores no privasen á muchos de poder asistir á sus sermones. El docto canónigo de Leon reúne cualidades singularísimas para el púlpito de estas grandes ciudades, donde tienen establecidas sus cátedras los maestros del error. Es eminente en las ciencias eclesiásticas y en las profanas, elocuente con galanura y corrección clásica, se insinúa fácilmente en el ánimo de sus oyentes con la suavidad de sus efectos, y atrae irresistiblemente con la hermosura y claridad de sus discursos.

Que nos perdone su mucha modestia el juicio de nuestra admiración, inspirado en el fruto que sacamos de sus conferencias.

Cuando íbamos á poner punto á la Revista, nos entregan un comunicado de dos queridísimos amigos nuestros, que con mucho gusto reproducimos á continuación.

«Sr. Director de LA ILUSTRACION CATOLICA.

»Nuestro muy distinguido amigo: Lástima es, sin duda, que no hubiese podido usted concurrir á la sesión de la Real Academia Española, presidida por el jefe del Estado, el 8 del actual, pues entonces habría tenido el gusto de oír por sí mismo las nobilísimas palabras del señor conde de Cheste, sin necesidad de recibirlas equivocadamente por segunda mano. El ilustre director de la Academia no ofreció la *eternidad* á los monarcas favorecedores de las letras; dijo, sí, que «los reyes podían dispensar insignes beneficios á los escritores; pero que éstos podían hacerlos *inmortales*.»

»Discreto, seguramente, anduvo el señor Conde no rectificando el error deslizado en la prensa; pero usted, tan amante de la verdad, se gozará, pues ha contribuido á propagarlo, en que rindan tributo á ella sus amigos y servidores afectuosos, que besan su mano.—Aureliano F. Guerra, Manuel Cañete. Madrid 16 de Junio de 1879.»

En efecto, nos gozamos mucho en haber contribuido á esta rectificación, ya que las palabras del señor conde de Cheste se publicaron como textuales y entre comillas en el periódico que más circulación tiene en España. Y agradecemos cordialmente á nuestros ilustres amigos su comunicado, porque á nuestro grande amor á la verdad, se junta el que profesamos á la honra de los grandes escritores y poetas, amenazada siempre por los periódicos que fundan su popularidad en sus desaciertos y corren de mano en mano, sin que se levante nunca contra ellos la protesta de la conciencia pública.

V. P. NULEMA.

CRONICA DE PARIS.

En la parte del Louvre que mira al río, existe una ventana desde la cual, dice la tradición parisien, disparó el arcabuz Carlos IX la noche de Saint-Barthelemy sobre una barca cargada de hugonotes.

Hasta tengo entendido que, durante la revolución francesa, una placa conmemoraba el hecho con estas palabras: «Desde esta ventana, el rey Carlos IX, de ominosa memoria, hizo fuego sobre ciudadanos franceses.»

El rótulo ya no existe, pero sí la tradición, y no puede un extranjero pasar por el muelle, acompañado de un hijo de París, sin que se oiga repetir el torpe embuste.

El ala del Louvre avanzada sobre el Sena, donde se halla la ventana susodicha, es obra del último de los Valois y del primero de los Borbones. En tiempo de Carlos IX, entre el río y el Louvre, por aquella parte, se levantaba el palacio de Antonio de Borbon, el marido de la reina de Navarra y padre de Enrique IV.

Y esto no debía ofrecer duda, ni al vulgo más vulgo de París, por una razón muy sencilla, que es la siguiente:

En torno á la ventana que lleva el sambenito, y á través de las complicadas labores de la piedra, brilla un número considerable de *haches*, que se destacan vigorosa y distintamente.

Haches que no pueden ser cifra más que de Enrique III ó de Enrique IV, pues sabido es, de sobra, para el buen pueblo de París, que Enrique II no se llamó con su H ningún monumento sin entrelazar dicha letra (ejemplo el mismo Louvre en otras partes) con aquella cifra habilidosa que tanto puede tomarse por dos *ces*, inicial de Catalina de Médicis, como por dos *des*, inicial de Diana de Poitiers.

Si la ventana no puede ser obra ni del primer Enrique, muerto cuatro siglos antes de empezarse el palacio, ni del segundo, que cuidó de firmar auténticamente todo lo que hizo, ¿cómo pudo Carlos IX disparar el arcabuz desde un local no edificado sino por los Enriques que le sucedieron?

Aunque la historia no demostre la falsedad del hecho, ahí está la ventana misma metiendo por los ojos la refutación.

Sin embargo, todo legítimo ciudadano de París morirá repitiendo que desde aquel sitio cazó calvinistas Carlos IX.

Corre parejas con esa muletilla rutinaria este otro aforismo popular, con el que nos rompen los oídos á los extranjeros los buenos vecinos de París:

«Ya no hay pintura en ningún sitio del mundo más que en Francia; desterrada de todas partes, se ha refugiado entre nosotros.»

Todos los años la Exposición oficial de Bellas Artes atestigua, mediante una serie interminable de mamarrachos, la absoluta y vergonzosa decadencia de la pintura en Francia, y todos los años repiten los franceses: «Está visto que para pintar, sólo nosotros valemos.»

En la Exposición de este año las grandes composiciones de historia son, si cabe, inferiores á las de los años precedentes.

Los cuadritos de género continúan, en cambio, siendo primorosos, y obsérvese también un gran adelanto en los retratos.

El retrato impera como soberano en el piso bajo y en el principal del Palacio de la Industria. Pintores y escultores parecen haberse dado de ojo para cultivar á competencia ese ramo.

Paul Dubois, el autor del sepulcro de Lamoricière, expone una deliciósísima tierra cocida, retrato de una niña; Barrias un admirable busto en bronce, retrato de Munkacsy, el pintor húngaro premiado en la Exposición Universal por su *Milton dictando á sus hijas el Paraíso Perdido*; Chapu otro encantador retrato de niño, en mármol; Guillaume otros dos notables bustos.

En el piso principal, Bounat concurre con su sombrío, pero magistral retrato de Víctor Hugo; Casolus Durán con un retrato de niño y otro de mujer, que han merecido, ó logrado, el premio de honor; Bastien Lepage presenta la cabeza de Sarah Bernhardt; Alejandro Cabanel dos retratos superiores á todos sus cuadros de historia.

Y, en suma, los pintores y escultores de más nombradía han prescindido de los asuntos históricos ó religiosos, para trasladar al lienzo ó al mármol las figuras de Gounod, de Guillaume, de Marcère ó de unos cuantos ilustres desconocidos.

¿Débese este síntoma traducir como confesión de impotencia para grandes composiciones; ó como resultado del precio fabuloso que van alcanzando los retratos al óleo?

Lo mismo dá. Que los maestros cultiven el retrato porque la inspiración no los visite, ó porque para ellos el arte sea un medio de ganar dinero, y nada más, en cualquiera de ambos casos la presente Exposición demuestra lo contrario de lo que pretenden los franceses: que la pintura se va de Francia.

En la pintura religiosa se observa, como dije el otro día, una especie de adelanto relativo. No abundan tanto como de costumbre las desnudeces obscenas, sin que por eso haya de creerse que faltan. Hay bastantes, pero su número es ménos escandaloso que años pasados.

Excuso decir que se encuentran los asuntos de cajón repetidos hasta la saciedad: diez ó doce Evas, otras tantas Magdalenas ó Judiths, y poco ménos puede decirse de Santa Isabel de Hungría, el Sacrificio de Abraham, y todo el repertorio conocido.

De las tres medallas de primera clase, dos han correspondido, lo mismo que el año pasado, á la pintura religiosa.

Sin embargo, de todo ese montón de asuntos sagrados sólo un cuadro se destaca algo y revela cierto sentimiento cristiano, ó por lo ménos espiritualista: una *Huida á Egipto*.

Su autor, el señor Merson, ha expuesto dos cuadros religiosos; ese y un *San Isidro Labrador*.

En el *San Isidro* dista mucho de haber estado feliz, y el mejor servicio que puede hacersele, es no nombrar su cuadro; pero de su *Huida á Egipto* se exhala un perfume penetrante de poesía y de no común ternura.

La Virgen y el Niño duermen graciosamente recogidos entre las zarpas colosales de una esfinge granítica. San José descansa tendido en un escalón del pedestal. A sus pies acaban de consumirse unos sarmientos, que elevan hasta las estrellas como un tenue hilo de luz.

Es lástima que el pintor haya creído idealizar el cuadro extendiendo sobre todo él una especie de velo gris, que le imprime demasiada monotonía. Por lo demás, como composición, es dulcísimo y muy bien sentido.

Aunque naturalmente el centro son el Niño y su Madre, el artista ha representado con verdadera inspiración algunos detalles; por ejemplo, la esfinge.

Emblema de la inmovilidad impasible que distingue á los pueblos orientales, sentados en las sombras de la muerte, el coloso de piedra parece, no obstante, súbitamente sacudido por corrientes de vida. Sin que pierda aquel símbolo nada de su rigidez, el talento del artista ha conseguido dar á la gigantesca cabeza cierta expresión como de júbilo ó de asombro, y á la garra en donde Jesús descansa el cuerpecito, sostenido por el brazo Materno, cierta contracción amorosa, cierta blandura indefinible.

Se ve que aquello no es más que un vaso de piedra inerte; pero un vaso en el que ha caído el más penetrante y celestial de los perfumes, dejándole todo embalsamado.

Pocas palabras sobre los grandes premios.

Tres medallas de primera clase se han dado á los pintores: á Duez, por su tríptico de *San Cutberto*; á Maignan, por su *Cristo llamando á los afligidos*, y á Morot, por sus *Mujeres de los Ambrones defendiendo un campamento contra la caballería romana*.

Este último no es más que una madeja confusa y enmarañada de colas de caballo, brazos y piernas de hombres y mujeres, un tanto ligeros de ropa, ellas sobre todo, y en actitudes inverosímiles.

El *Cristo* de Maignan está hecho para afligidos de muchísima fé, porque si nó, son capaces de afligirse sólo con ver el cuadro.

El *San Cutberto*, fuera de otras tachas, tiene la de carecer completamente de sentimiento religioso. Es un santo naturalista.

En escultura ha habido dos medallas de primera clase: una á Sdrac, por su *Mercurio* inventando el caduceo, mármol vulgar y friamente trabajado, y otra á Saint-Marceaux, por su *Génio guardando el secreto de la tumba*.

A esta misma estatua han dado el premio de honor en la escultura.

El *Génio*, de Saint-Marceaux, es feísimo de cara, aunque muy bien formado de cuerpo, y se halla en una postura inverosímil hasta para un circo ecuestre.

El premio de honor en la pintura ha sido para Casolus Durán, por los dos retratos de que he hablado más arriba.

Finalmente, lo que se llama el *Premio de Solon* se ha adjudicado al Sr. Flameng, por su *Llamamiento de los Girondinos en la Conserjería*; cuadro un poco teatral (un poco ó un mucho), pero con buenos detalles. Tan buenos como que están copiados á retazos de las obras más famosas del arte contemporáneo.

El *Premio de Solon* es pecuniariamente el primero de todos, pues al que lo obtiene le pasa el Estado una pensión de 4,000 francos anuales durante tres años.

No puede recaer en artistas que hayan cumplido treinta y dos años, ni su adjudicación supone que la obra premiada sobresalga entre todas. Lejos de eso, por regla general, el Jurado concede una de las últimas medallas—y este año lo ha hecho así con los *Girondinos* de Flameng—al cuadro favorecido, para denotar que el premio y la pensión no se dispensan al joven pintor por lo que hoy sea en sí, sino por lo que promete ser mañana.

El premiado debía, hasta ahora, pasar en Roma el tiempo de su pensión; pero desde este año el Gobierno ha introducido una innovación felicísima: distribuirá el tiempo en tres partes iguales, una para Italia, otra para Flandes y otra para España.

Como la innovación era atinadísima y sensata, el Gobierno ha querido echarla á perder con una fanfarronería, y ha dispuesto que el pensionista ejecute en cada uno de esos tres países el cuadro de una gran batalla, atestiguando la superioridad de las armas francesas en las guerras de Italia, de España y de Flandes.

Si empieza por orden de importancia, las tres primeras habrán de ser Pavía, Bailén y San Quintín.

Con lo cual el Sr. Flameng prestaría un insigne servicio, no sólo al arte, sino á la historia, contribuyendo á popularizar en su país tres hechos de tan capital importancia, que no deben ser ignorados de nadie medianamente instruido, y que en Francia no conocen, sin embargo, ni de oídas siquiera, más que los muy eruditos.

Y no hablo en broma. De Pavía ya están enteradas algunas gentes; pero de Bailén y San Quintín, como si se hubieran dado en la luna.

Sonó ya la hora de dejar á París. El domingo pasado se corrió en Longchamps el gran premio de 100,000 francos, y el código de la buena sociedad exige salir de la capital en la semana siguiente á dicha carrera.

Este año la gran fiesta hípica ha sido eclipsada para las gentes del gran mundo por la solemnidad teatral de la víspera; la fiesta de la Opera á beneficio de los inundados de Szegedin.

A beneficio de los inundados húngaros, decían los carteles; pero en realidad ha sido á beneficio de las modistas y los modistos, los joyeros y todos los abastecedores de las heroínas de la función.

Eran estas las cómicas más ilustres de París, las que se gastan en una corbata para un estreno el sueldo de un mes y en un collar para un baile el de un año, y aún les sobra para tener palacio propio, trenes de gran lujo y caballerizas atestadas de caballos de precio.

Recogieron, según los cálculos más optimistas, un millón de reales para los húngaros, y dieron á ganar un millón de francos á los que las vistieron y aderezaron para la fiesta.

Sospecho que los inundados húngaros no se hubieran quejado de recibir esos cuatro millones de reales, aunque no se hubiera dado en la Opera la fiesta que motivó su empleo.

A propósito de este asunto, voy á concluir mi crónica con una observación que pinta el carácter parisien á maravilla.

La fiesta de la Opera ha puesto en moda momentáneamente el hablar de las cosas de Hungría, y con este motivo los periódicos han venido llenos de recuerdos históricos, geográficos y hasta lingüísticos, de la patria de San Estéban.

Y hablando del idioma húngaro, raro es el periódico que ha dejado de copiar esta reflexión filológica:

«La lengua magyar, aunque tan distinta de las neo-latinas, no es muy difícil, porque tiene reglas muy fijas é invariables, que la simplifican; así, por ejemplo, es regla sin excepción que en húngaro no empieza jamás una sílaba por dos consonantes; toda consonante ha de ir inmediatamente seguida de vocal: es regla que no falta.»

Pues bien, lector carísimo; en París sólo se saben tres palabras húngaras; pero esas, desde la Exposición Universal, las saben hasta los niños de pecho; y esas tres palabras son: Kral, Tsiganes y Czarda.

Antes sólo se sabían tres: ahora se saben cuatro, desde las inundaciones; y la cuarta es: ¡Szegedin!

F. M. MELGAR.

París 14 de Junio de 1879.

TROVAS

EN LENGUAJE ANTIGUO

A LA MUERTE DE SAN LUIS GONZAGA.

Asaz mal doliente de cuerpo é sentido
El muy vertudoso é sancto garzon
En lecho de muerte sospira, ferido
Con flecha de amores el su corazon.
La cama cercavan del jóven sofriente
Con grave cordoio sus fradres coyados,
Levados los ojos al Onnipotente,
E los sus finojos en tierra fincados.

Al cielo sus prieses omildes alzando,
Demandan fervientes que non atrevida
De Lois al lecho la muerte llegando
Con foz non assiege el fil de su vida.
E solo el mancebo con grant aficanza
A Dios é á la Virgen la Sancta María
Pregando en silencio con mucha omildanza
Atales razones dolido descia:

«Mi amor, mi regalo, mi bien, mi conhorto,
«Cuándo vuessro rostro atan-deseado
«Veré, mi Jesus? é cuando la sorte
«Fará que me vea con vos ayuntado?
«Doledvos de mí, que vivo en tristura
«De vos alongado, faced que el pesar,
«Al ver vuesa cara se torne en folgura
«E sea ya quito de tanto penar.

»Enclynad hermosa, Señora divina,
 »Los dulces ojos, é deste bollicio
 »Del mundo á sacarme venid ya festina,
 »E solo vos faga, Señora, servicio.
 »Que desque la flama del fuego de amor
 »En mi pecho priso, non asmo otra cosa
 »Que ver del amante Jesus el claror,
 »E el de vuestro rostro, Virgen amorosa.»

Afal habló el jóven, é Dios muy pagado
 De su peticion enjuga su lloro,
 E fácil consiente con buen gassajado
 Que se una gafo al lúcido coro.
 Estonce el bendito Lois se bañando
 En luz de alegranza, de paz é consuelo,
 Y tierna sorrisa al labio asomando,
 El alma gozosa voló para el cielo.

MIGUEL MIR, S. J.

LA MISA DE REQUIEM DE MOZART.

EL «DIES IRÆ.»

En efecto, Mozart ha compuesto sobre estas admirables palabras, no una, sino dos músicas, formando las voces un coro y los instrumentos otro; dos obras maestras que podrían oírse separadamente, y que, reunidas y entrelazadas, llenan el templo del rocío de los arrepentimientos divinos, y lo impregnaron del perfume del amor santo.

Oulibicheff, hablando de estos «comentarios plácidos y místicos de la oracion venerable, recitada por los cantores,» dice: «el efecto de esta inaudita combinación entre las voces y la orquesta es milagroso;» y añade: «el *Recordare* parece derivarse de la más antigua de todas las formas de la música figurada, el canto sobre el libro, es decir, un *canto fermo* con partes improvisadas en estilo fuga lo...» En cuanto á

la composición, el *Recordare* no permite comparación alguna con nada.

Para hacer más clara la intención de su alma contrita y humillada ante el Crucifijo, convertido en el radiante sol de la eternidad, como dice San Juan del Cordero, Mozart ha tomado para las voces el motivo tan elevadamente tierno y piadosamente afectuoso que empieza el *Stabat* de Pergolese. Tres veces repite este motivo al frente de las tres estrofas, entre las que ha distribuido toda esta larga oración. Un acto de desgarradora súplica sigue á este acto de amor, en parte semejante y en parte variado: viene después un acto de confianza, siempre diferente y siempre progresivo en su admirable expresión. La orquesta lo inunda todo con sus constantes é inagotables efusiones. Holme dice muy bien de este prodigioso conjunto: «El *Recordare* es un cuarteto que no tiene igual. El tema, aunque muy sabio, es sostenido por el estilo más florido en los acompañamientos la

ACTUALIDADES



LA PLAZA PRINCIPAL DE CONSTANTINOPLA EN DIAS DE CRISIS MINISTERIAL.

expresión de las partes vocales es patética: en las cadencias hay una especial melodía angélica, que ningún epíteto puede describir.»

Virgilio hace decir, por medio de Anquises, á Eneas, padre de los romanos, á la vista de Marcelo, sobrino é hijo adoptivo de Augusto: «¡Oh, hijo mío, no me preguntes acerca del gran duelo de los tuyos!... Dame lirios á manos llenas; quiero extender flores de púrpura; quiero cubrir por lo menos con estos dones el alma de mi nieto y cumplir un deber (1).» Indudablemente se acordó Mozart de estos hermosos versos é intentó hacerlos olvidar; ¡tantos lirios y tantas rosas derramó á manos llenas sobre el Cristo muerto por nosotros! El Cristo ha resucitado y es la alegría del mundo, poseyendo aquel imperio que el jóven Marcelo, muerto á los veinte años, no pudo heredar de Augusto. El Cristo es el Señor de cielo y tierra, y juez de vivos y muertos. «¡Dame lirios á manos llenas,» dadme rosas; pero dadme los lirios del triunfo

y las rosas de la inmortalidad. Mozart ha cumplido en nombre de toda la humanidad este deber, y, si no devuelve la vida al Cristo, porque éste no la necesita, da la vida divina á todos los mortales que abriga esta piedad hácia el «piadoso Jesus,» que es el «Rey inmortal de los siglos.»

En el momento en que el fúnebre y majestuoso sonido de los fagots entona el canto del *Recordare* destinado á las voces, las sonoras cuerdas de los violoncellos desarrollan unísonamente, como brillantes cascadas, la melodía que va á ser el alma de los instrumentos. Esta melodía se eleva por medio de tres golpes, parecidos á los del agua que mueve sus ondas en su cáuce. La frase de siete compases que contiene esta melodía es lo más tierno, lo más místicamente alegre y lo más religiosamente festivo que imaginarse pueda, extinguiéndose con los fagots, que terminan su canto de la misma extensión. Entonces, los primeros y segundos violines se apoderan de la primera parte de la frase, la viola de la segunda, desenvolviéndose en una lluvia descendente y ascen-

dente de brillantes a lagios recibidos por los violoncellos. Nada más rico y más suave que esta sinfonía, parecida á la corona de gloria que el Cristo vislumbró en el huerto de los Olivos después de contemplar el océano de amarguras que tenía que devorar en su Pasión. Al sétimo compás empieza el canto la fluida voz de tiple seguida en 7.º por el bajo, que repite el cánon anunciado, mientras que los violoncellos empiezan de nuevo su fuga creando nuevas maravillas. *Recordare Jesu pie*, dice la tiple y el bajo: «*Quod sum causa tuæ viæ*, responden el soprano y el tenor, elevando el canto á las regiones más sublimes y más patéticas. El primer violín sostiene al soprano; el segundo, la viola y el violoncello tocan un trío que recuerda el de los dos violines y el de la viola; pero el violoncello trasporta atrevidamente la frase melódica, ya oída, que de este modo sirve de acompañamiento á la fuga que ha producido, terminando el violoncello con esta misma fuga en sentido contrario, y activando su movimiento y carácter. Toda esta creación y profusión de melodías ofrece aquellas ma-

(1) Eneida 6.º, 869, 884, 887.

nos llenas de lirios y rosas que no cesan de moverse y de derramar sus homenajes y ternuras sobre el Santo Redentor.

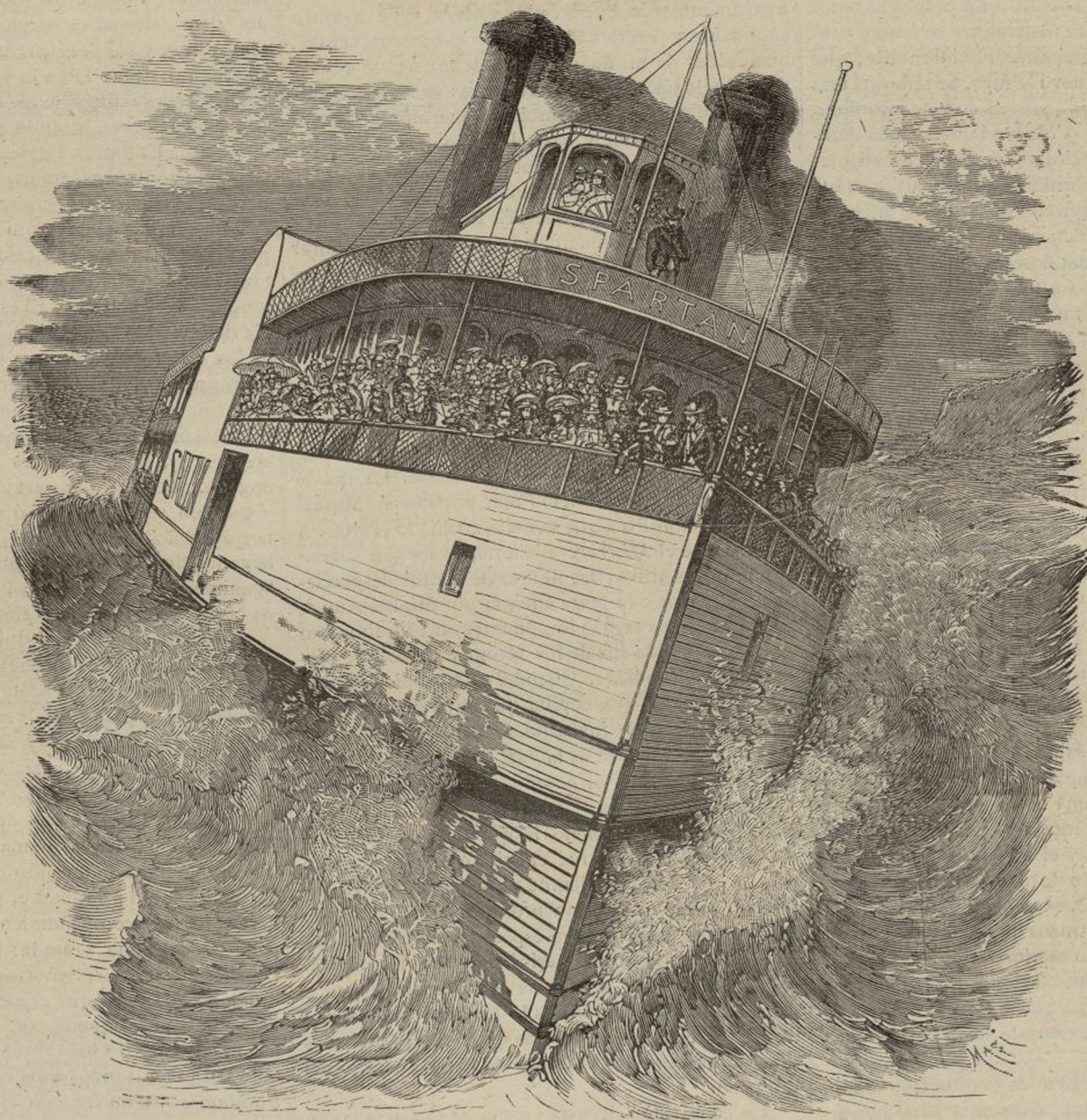
Ne me perdas, «no me pierdas,» dice despues el bajo en cuatro notas, de las que la penúltima excede á las otras tres solamente en un semi-tono. El soprano y el tenor, apoyándose en el bajo, repiten en una nota más alta la misma súplica con penetrante armonía (1), mientras que la tiple une á las dos una tercera súplica, una frase del más ámplio y del más sublime canto llano, produciendo el reposo más melodioso que se pueda imaginar. Los instrumentos de cuerda cubren en cierto modo la frase con las

repetidas efusiones de sus suaves flores. Pero hé aquí que mientras espiran en dulces palpitaciones, el bajo dice con grave emoción: *Quærens me*, por buscarme: *Quærens me*, repite brillantemente el tenor; y las dos voces de mujer ó de niño concluyen con triste y compasiva modulacion: *Sedisti lassus*, te sentaste cansado. «Tú me has rescatado, tú me has rescatado,» continúan las voces de los hombres.—«Al morir en la cruz,» añaden más alto las demás voces. Entonces, cruzándose estas cuatro voces, la tiple y el bajo por un lado y el soprano y el tenor por otro, las unas disminuyendo en quinta y las otras elevándose en cuarta, y la primera sílaba de

éstas uniéndose á la última de aquellas, dicen este diálogo acompañado de la espléndida, tierna y arrebatadora sinfonía de los instrumentos de cuerda, á los que se unen los fagots y bajones.—«¡Que un tan grande—que un tan grande—trabajo—trabajo—no sea—no sea—perdido—perdido!» Y todos lanzan con energía sobrehumana el áncora de la esperanza en este argumento invencible para el corazón del Cristo: «¡Que un tan grande trabajo no sea perdido!»

Esta cadencia contiene diez partes reales, clarísima y simétricamente dispuestas, maravillando tanta melodía, que pudiera compararse á una legión de ángeles revoloteando en medio de las lágrimas y del

VIAJES.



EL PASO DE UN RÁPIDO EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

júbilo de la salvación en torno de la cruz. ¿Quién no recuerda «aquellas urnas de los cielos,» de que habla Dios á Job, y de las que San Jerónimo ha dicho en la Vulgata: «Que hará dormir el concierto de los cielos?»

Tal es la primera de las tres estrofas del *Recorda-*

(1) Oyese por una sola vez reunidos el *fa sostenido* que sube á *sol*, y el *fa natural* que desciende al *mi bemol*. Jamás la armonía había presentado tal audacia, cuyo éxito admira y espanta á la vez.

re. Las otras dos son parecidas en el principio y en el medio, siguiendo despues sus libres inspiraciones. El soprano y el tenor bajan en un tono la voz para decir: «Justo Juez de la venganza, concede la gracia del perdón;» y el tenor innova su melodía repitiéndola: despues el bajo, sin modular como ántes su frase, añade inmediatamente despues del canto *ne me perdas*, disminuido en un tono: «*Ante diem rationis*, antes del día de la cuenta.» Entonces se verifica un reposo lleno de seguridad y armonía, al que inmediatamente siguen las melodías conocidas como

para enternecer al Juez, y á la vez tranquilizar al que va á ser juzgado. Este lanza tres gritos *crescendo*, que gravemente descienden una octava: «¡Gimo como un criminal,—mi rostro se avergüenza de mi culpa:—perdona ¡oh Dios! al que te suplica!» De este modo cantan reunidas las cuatro voces, y de repente la voz femenil del soprano baja de las alturas clamando con dulce sonrisa: «Tú que has absuelto á María;» é imitando á ésta la voz viril y vibrante del tenor, añade con premura en tono más alto: «Y que has escuchado al ladrón;» y las dos voces dicen

juntas, seguidas de una tercera y cuarta voz: «¡A mí también has dado la esperanza, á mí también has dado la esperanza!»

«Mis oraciones no son dignas; pero tú, que eres bueno, obra benignamente,» continúan la tiple y el bajo seguidos del soprano y del tenor, repitiendo el canto del *Recordare*, pero con una orquesta llena de nuevas riquezas. De repente estos hermosos cantos son interrumpidos por los instrumentos de cuerda que se lanzan como á saltos, y únicamente desde el *do* bajo al *do* superior, para descender al *si* inferior, como si apareciesen las llamaradas de un volcán para hundirse de nuevo en el cráter de donde han salido: «¡Que no sea quemado por el fuego eterno!» Cantan todas las voces con un grito de alarma entrecortado por tres golpes de estas llamas terribles, y después, *minuendo*, dicen, con el canto del *ne me perdas*, pero cinco notas más bajo que la primera vez: «Dame un puesto entre las ovejas y sepárame de los machos cabríos.» Entonces la voz del soprano se lanza y descende con la melodía tan compasiva y tan tranquilizadora que ha sido el alma de los instrumentos en toda esta oración, diciendo: «Colocándome al lado derecho.» La tiple y el tenor imitan al soprano, como los violines se imitan mutuamente; y el bajo, imitando el violoncello, que ántes ha empezado de nuevo la fuga, se remonta una octava más, para repetir á su vez con acento lleno de fuerza y de victoria: «Colocándome al lado derecho.» Esta hermosa súplica, ó mejor dicho afirmación, ¡tanta seguridad contiene! es repetida y embellecida por las voces que en ella se detienen, mientras que los instrumentos de cuerda dejan caer de nuevo su celeste rocío; terminándose en él con deliciosa calma, el *Recordare*, como una suave aparición del Paraíso, de que tanto abunda el *Requiem*.

«La cadencia final, dice Holmes, tiene en la forma canónica un movimiento semejante en las partes de tiple y de tenor, y un movimiento contrario en el bajo. No hay un pasaje más melodioso de cuarteto en toda la música. Respiro la calma y el reposo: es el verdadero espíritu del texto: «Colocándome al lado derecho.» Pero el efecto de este movimiento que permanece grabado en la memoria, consiste especialmente en una expresión abstracta pura y celestial. Bajo este concepto, el *Recordare* es en la música sagrada un modelo de inaccesible excelencia, haciendo pensar, no en el arte con que está escrito, sino en las circunstancias en que se hallaba Mozart, en excitación producida por la proximidad de la muerte y en la visión mental, ya «en comercio con el cielo.»

«Este cuarteto, dice Jahn, es el trozo de música más amplio y más consumado del *Requiem*, y tanto por el plan y disposición, como por la riqueza y significación de ciertos motivos, por la delicadeza de ejecución de detalles, y el espíritu que le anima, es quizá superior á todo lo demás. De cualquier modo que se le considere, es uno de los más hermosos y de los más nobles trozos de música de este género, que jamás han sido escritos. El mismo Mozart lo conocía, cuando después de haber escrito el *Recordare*, decía á su esposa, que si muriera antes de acabar el *Requiem*, este trozo le serviría de mucha gloria (1).»

El Cristo va á sentenciar á los hombres; su mano, taladrada por los malvados, se levanta para aterrarlos. El *Cordero de Dios* se convierte en el *Leon de Judd*, y su rugido va á confundir á los gigantes del siglo, que van á caer unos sobre otros en el entreabierto abismo. Oid á los instrumentos de cuerda retumbando unísonos, lanzando indecible cólera y creciendo como los truenos de la tempestad: es la divina venganza y sus inevitables garas. Hé aquí que, semejantes á los dos ángeles que azotaban á Heliodoro y arrojaban del templo á este miserable, ó más bien, semejantes á la tropa de demonios á quienes serán entregados los réprobos, dos grupos de voces de hombres, duplicadas por los trombones, elevándose y cayendo unas sobre otras á manera de látigos que azotan la paja en el aire, dejan oír estas terribles palabras: «*Confutatis, confutatis, maledictis, maledictis*; confundidos, confundidos, los malditos, los malditos.» Después, descendiendo de lo alto con las sacudidas y estremecimientos del rayo, añaden: «Destinados á terribles llamas.» Pero entonces las voces de mujeres y niños, como dos gru-

pos de ángeles que miran al cielo, dicen en elevado tono: «¡Lláma, llámame, llámame con los benditos!» Y los golpes de la venganza resuenan más espantosos, y las llamas son más voraces, y la armonía condensa sus negros y terribles torbellinos, mientras que en medio de estos horrores la voz aérea redobla su fervor sobrenatural y plácido, diciendo: «Llámame con los benditos.» Véase á los réprobos á la rojiza entrada del infierno, y á los elegidos á la azulada puerta del paraíso. «En cuanto al efecto, dice Oulibicheff, este trozo recuerda vivamente la última escena de *Don Juan*, y nada hay que menos se le parezca por las ideas y el estilo.» Une los contrastes más dramáticos. En el *confutatis* la unisonancia de la música, subiendo y refluendo, se parece á una onda gigantesca que intenta descubrir el ardiente sudario de los réprobos, y en el *Voca me* se parece á la flor mística del alma, que azotada por las tempestades del día de la cólera, abre por fin su tembloroso cáliz al rayo de la divina misericordia.

A su aspecto los mortales se anonadan, y todas las voces del coro pronuncian juntas y con lentitud, en medio de los estremecimientos continuos de los instrumentos de cuerda y de viento: «¡Te conjuro suplicante y prosternado, hecho el corazón ceniza, que cuides de mi fin!» Un frío de muerte se exhala de la melodía, que disminuye tres veces en semitonos. La armonía se cambia en enarmonía; la música se descompone y pasa al estado de cadáver; los sonidos no son más que fantasmas para el oído; los muertos y los vivos permanecen anonadados ante Aquel que debe juzgarlos. «Es lo sublime de lo sublime,» dice Oulibicheff, que añade piadosamente: «Habeis perdonado, Dios mío, al que ha escrito para glorificaros esta música santa, y ójala que igualmente nos perdoneis cuando llegue nuestra hora.»

Recordemos aquí uno de los sucesos más memorables de la juventud de Mozart, el del *Miserere* del sacerdote Allegri, que oyó en la capilla Sixtina, y que este niño, de catorce años, aprendió en todas sus partes. «En el momento de empezar, dice Beyle, el Papa y los Cardenales se prosternan. La luz de los cirios ilumina el *Juicio Final*, pintado por Miguel Angel en el muro á que se halla arrimado el altar. A medida que el *Miserere* adelanta, se apagan sucesivamente los cirios; las figuras de tantos desgraciados, dibujadas con tanta energía por Miguel Angel, se hacen cada vez más imponentes, medio iluminadas por la pálida luz de los últimos cirios que permanecen encendidos. Cuando va á terminar el *Miserere*, el maestro de capilla, que lleva el compás, lo va disminuyendo insensiblemente, así como los cantores la elevación de la voz; la armonía se extingue poco á poco; y el pecador, confundido ante la majestad de su Dios, y prosternado ante su trono, parece esperar en silencio la voz que va á juzgarle. «...Ignoro si la causa fué el éxito que obtuvo, pero parece que el canto solemne y melancólico del *Miserere* produjo impresión profunda en el alma de Mozart, que después tuvo especial predilección por Haerdel y el tierno Bocherini (1).» Esta misma impresión dominaba á Mozart moribundo, y puede decirse que el *Confutatis* es la traducción completa de esta escena, que todos los años en los días más santos remueve las entrañas de lo más selecto del universo.

La conclusión de esta escena es el *Lacrymosa*. En la postración que causa la presencia del Soberano Juez, del infierno que abre su boca, y del cielo entreabierto oyense en la orquesta suspiros medio velados y anhelantes, pero dulcísimos é impregnados de ternura, é inmediatamente todas las voces *crescendo* y *minuendo*, como pechos que exhalan su último aliento, lloran de este modo: «Día de lágrimas aquel día en que el hombre culpable resucitará de la ceniza para ser juzgado.» «El *Lacrymosa*, dice Holmes, es un coro de dibujo poético que contiene una voluptuosa elegancia en su suave composición, y una belleza de melodía que le daría un carácter demasiado secular para un *Requiem*, si los sentimientos no estuviesen dominados por muchos pasajes solemnes en que se respira respetuoso temor. Los suspiros del primer violín, al principiar la sinfonía, tienen carácter sentimental y dramático, y el profundo dolor que expresan hace pensar en las concepciones de los antiguos pintores italianos al repre-

sentar la Magdalena.» Es Magdalena, sí, la que aquí se descubre, no la del Cenáculo de Simón mezclando sus lágrimas á sus perfumes, sino la del Calvario al pié de la cruz de Cristo, muerto por sus pecados, y ante el cual se muere de vergüenza, de arrepentimiento y de amor. ¡Si aún pudiese morir! Pero no: la pecadora es inmortal: resucitará para que todo lo que ha dicho y hecho se manifieste en presencia del Cristo que está allí clavado, en aquella cruz regada con la sangre que por mil heridas vierte amorosísimo. ¿Cómo no llorar pensando en aquel día cuyo nombre es «el día de las lágrimas,» *lacrymosa dies illa*? Diez horas antes de morir, Mozart, cantando con sus amigos el coro *Lacrymosa*, se detuvo sofocado por el llanto.

A la palabra de resurrección, *qua resurget*, las voces de este coro se mueven en suspiros monosilábicos, y los sopranos, partiendo de notas inferiores, suben, nota por nota, esfuerzo por esfuerzo, toda la escala, como sombras que se elevan desde el polvo de la tumba á la luz del aire que les hace estremecer: *qua resurget ex favilla*. Al llegar á la palabra *judicandus*, como si las voces encontrasen el rostro del Cristo, alteran su escala: solamente suben por semi-tonos, y sus pesadas sílabas sellan de inmenso espanto; llegando en la suprema nota, al supremo terror, se extingue en la palabra *reus* «acusado,» para volver á caer, bajando una octava, en el anonadamiento. Entonces empiezan las sordas lágrimas, las expansiones suplicantes, todo lo que hay de más tierno en las partes superiores, mientras que el bajo ejecuta una marcha armónica de tonos llenos, después de semi-tonos con caídas y elevaciones de octavas, la cual encierra más espanto que la anterior progresión de soprano. El espectro de Don Juan habla de este modo, no hiela ni estremece la médula de los huesos tanto como esta marcha. «Al *homo reus*, un sudor frío, dice Jahn, hizo caer la pluma del maestro, que no pudo escribir lo que tan profundamente conmovía lo más íntimo de su alma. *Huic ergo parce, Deus, pie Jesu Domine*.» Pero Jahn se engaña, puesto que Mozart tomó de nuevo la pluma y escribió segunda vez, ó por lo menos dictó los terrores del *Lacrymosa*, del *judicandus homo reus*, y llegando después á la esperanza, como el naufrago á la animada orilla, cantó con el corazón de Magdalena convertida: *Huic ergo parce Deus*!

Un venticillo fresco, dulce, tranquilo, como el que sintieron los tres jóvenes en el horno de Babilonia, ha incesantemente acompañado el fuego de los terrores que acabamos de ver; tales son los suspiros impregnados de belleza y santa complacencia que han pasado por la orquesta en este terrible valle de Josaphat.

Pero ahora triunfa esta áura purísima. Un canto de súplica, tan tierno, tan amante, tan tranquilo, que se creería ver á un niño que con las manos unidas pide perdón á su madre, pronta á perdonarle, se desliza en los acompañamientos, traduciendo estas palabras del alma acusada: «Perdónale, pues, ¡oh Dios! piadoso Jesús, Señor...» Al llegar aquí enmudecen las voces, porque el amor oprime como el temor, y la frase queda por concluir. La orquesta levanta de nuevo á los cantores con un motivo exaltado y firme, y unidos á los enérgicos acentos de los trombones, terminan con el tono del *Lacrymosa*, que se reproduce transformado: «Dáles el descanso.» Entonces, proclamando las cuatro voces como á porfía, su fé, su esperanza y su victoria, cantan con amplia frase de notas graves, iguales y solemnes, que descienden de las alturas hasta el suelo, para remontarse un poco y replegarse majestuosamente en paz: «¡Dáles, dáles descanso!» Ultimamente, en medio de los sollozos dulcísimos de la orquesta, se levantan todas en un solo *Amen*, resonando cadenciosamente, y extinguiéndose en un brillante y alegre acorde en *re* mayor, que corresponde al sombrío y melancólico de *re* menor, que ha iniciado este grandioso drama; acorde que es la última pincelada de esta pintura del *Juicio Final*, la más célebre que ha compuesto la música, y que excediendo en mucho á los terrores de Miguel Angel, iguala la dulzura y suavidad de Fra Angélico. El cuadro más hermoso del juicio final que hay en el mundo, es el *Dies iræ* de Mozart.

V. S. C.

(1) Jahn, t. IV, p. 723.

(1) Vida de Flayd, Mozart y Metastasio, in 8.º, 1814, p. 309 y 313.

LOS GRABADOS.

El Cardenal Morichini, pág. 269.

Cárlos Luis Morichini nació en Roma el 21 de Enero de 1805, siendo su padre médico distinguido. Estudió las primeras letras con los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y despues entró en el Colegio del Nazareno, de donde salió en 1822 para continuar sus estudios en la Universidad Romana.

Se distinguió mucho en ésta por su virtud, su modestia y su talento, sobresaliendo especialmente en el estudio de la ciencia de las ciencias, la teología. En 1828 fué ordenado de presbítero, con dispensa, á causa de su edad. En seguida fué nombrado secretario de Monseñor Marini, Auditor de la Rota; y despues desempeñó, entre otros cargos, el de Refrendario del Buen Gobierno, Vice-Presidente del Hospicio de San Miguel y Vicario de varias Colegiatas.

En 1848 fué uno de los primeros ministros de Pio IX, y despues fué delegado por el Papa para intentar la pacificación entre Austria y el Piamonte.

Creado Cardenal en 15 de Marzo de 1852 y nombrado Obispo de Jesi, se señaló mucho en esta diócesis por su celo y religiosidad.

Tuvo la gloria de ser preso dos veces. En 1860 se dirigia á Roma á visitar al Papa, cuando hé aquí que en el camino recibe la noticia de que habian entrado en su diócesis las tropas italianísimas. Volvió, sin que le arredrasen los peligros á que se exponia, y en Foligno fué preso. En 1870 volvió á ser conducido á una prision en Ancona á causa de su resistencia á los actos del gobierno usurpador.

En 1871 fué nombrado Arzobispo de Bolonia, y despues promovido á la sede suburbicaria de Albano. Y además de Obispo de Albano era Prefecto de la signatura Papal de Justicia y pertenecia á las siguientes congregaciones eclesiásticas: Visita apostólica, Obispos y Regulares, Inmunidad, Sagrados Ritos y Disciplina Regular. Era además protector de muchas archicofradías y de diversos institutos pios.

Con justicia gozaba fama de buen latino; deja escritas muchas y excelentes composiciones en dicha lengua.

La plaza principal de Constantinopla en dias de crisis ministerial, pág. 374.

El Estado de Turquía despues de la guerra con Rusia es por extremo precario y anárquico. Los hombres políticos del imperio, faltos de autoridad y desgarrados por la discordia, sólo procuran defenderse de sus rivales, dejando al Sultan en el más completo aislamiento. La deuda pública agobia al Estado, y el Estado á su vez agobia á los contribuyentes. Entre tanto los trabajos de zapa de Rusia no cesan, para apresurar la agonía del imperio, y por todas partes se notan síntomas de descontento y de rebelion, que traen al gobierno en continua zozobra.

En estos momentos anuncia el telégrafo que el primer ministro, Kheredine-Bajá, ha presentado su dimision al Sultan, y que reina, con este motivo, grande alarma en Constantinopla. En el estado de division en que están los partidos, una crisis ministerial en Turquía es un conflicto para el imperio.

Por eso las crisis ministeriales excitan tan poderosamente la atencion pública en Constantinopla y producen tales alarmas, que las autoridades militares se ven obligadas á tomar precauciones para mantener el orden público.

La vista que publicamos representa el aspecto de la plaza principal de Constantinopla en dias de precauciones militares. En el fondo se ve el celeberrimo templo de Santa Sofía, hoy mezquita Mayor; á la derecha el palacio del Sultan, y por la plaza discurren grupos de curiosos y patrullas militares. Es el cuadro de nuestra Carrera de San Jerónimo en dias de crisis, si bien aumenta su importancia y gravedad el estado de Constantinopla.

El paso de un rápido en los Estados-Unidos, página 375.

El carácter del americano del Norte es atrevido, enérgico, tenaz, y se manifiesta de tal modo en sus obras, que basta considerar sus inventos para tener idea de aquel pueblo que rivaliza con Europa en los adelantos de la industria y de la mecánica.

El grabado á que nos referimos representa uno de los magníficos buques con que se hace en los Estados-Unidos el paso de los rápidos ó cascadas.

Estos buques son de gran cabida, y, sin embargo, su construccion es tal, que marchan con velocidad de cincuenta millas por hora en los grandes rios, y descienden por los rápidos (que así llaman allí á las pequeñas cascadas) con la seguridad de un corcho.

El americano se goza en viajar en tales buques, porque despreciando los obstáculos, marchan rápidos á su destino en medio de abismos y de cataratas. Por lo regular se hacen en ellos viajes de recreo, y cuando el buque va á dejarse arrebatar por las olas encrespadas de la cascada, los viajeros, impasibles, se asoman á la galería del buque para recrearse con el espectáculo.

Comprendiendo que nuestros lectores verán con gusto estos inventos, que caracterizan al pueblo americano, daremos en otro número vistas de los ferro-carriles aéreos y subterráneos de Nueva-York.

X.

CRISTINA.

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

Don Antonio tambien se habia acercado á Cristina, prodigándole los cuidados de un padre cariñoso; pero estos cuidados ya no eran necesarios, pues la hermosa Cristina parecia ya más animada, y recobrando una seguridad y una alegría que desmentian bien á las claras la palidez de su rostro, que todavia conservaba, trataba de animar á todos los allí reunidos en torno del pobre corzo que en aquel dia habia tenido tan mala suerte.

Sin embargo, Adela, siguiendo el consejo de don Antonio que en voz baja le habia dado, declaró solemnemente que era hora de suspender la excursion de aquel dia. Al punto fué seguido el consejo de Adela; y puestos todos en marcha, llevando como trofeo de la batida de aquella tarde el precioso venado, se encaminaron por el mismo sendero que habian traído hasta llegar á la casa de Cristina.

El lector encontrará en la escena que acabamos de transcribir á Cristina dominada de un exagerado romanticismo demasiado sentimental; pero yo nada invento, ni tengo de ello la culpa; lo peor del caso es que si se empeña el susodicho lector en continuar la lectura, tropezará muy á menudo con el mismo defecto; por lo cual muchas veces estuve á punto de no terminarla, recordando que ahora el género sentimental no está de moda, y llegan hasta decir que reñido con el buen gusto; para lo que yo entiendo seria preciso suprimir el corazon en las diferentes situaciones en que puede verse en la vida, dejando de estudiarlo en su parte más interesante. De todas maneras, en mi mano no está el desfigurar y suprimir los hechos: ellos han pasado tal cual los referimos, y nuestro papel se reduce á meros cronistas, sin otra añadidura que la que en tales casos se permite.

IV.

PELIGROS QUE PUEDE TRAER UNA GIRA CAMPESTRE.

Al dia siguiente corrió Fernando á la morada de Cristina, pues ella, como sabemos, era toda su vida. Hallóse á los primeros pasos y en la entrada de la casa con D. Antonio, que se entretenia en dictar sus disposiciones al jardinero sobre la distribucion y orden que habia de tener un jardin que proyectaba formar al frente de la misma casa. Despues de los saludos de costumbre, comunicó su proyecto á Fernando con todos sus pormenores, que éste, como era natural, aprobó, añadiendo alguna que otra idea, que fué admitida con gusto por lo conveniente y acertada. En seguida D. Antonio, apoyado en el brazo de Fernando, le llevó por uno de los lados de la espaciosa huerta, por la parte en que más cubierta estaba de emparrado.

—Habrás usted notado ayer, Fernando—le dijo—la excesiva sensibilidad de Cristina...

—Es cierto que la he observado y aun comprendido... pero despues he pensado que no debia admirarme; porque al fin no estaba acostumbrada á

esta clase de escenas, que siempre impresionan cuando se ven por primera vez...

—Muy bien puede ser, amigo mio; pero es preciso confesar que mi amada Cristina es excesivamente nerviosa...

Ya se ve (continuó hablando D. Antonio), la muerte de sus padres, ocurrida hace poco más de un año, padres cariñosos que la idolatraban, ha contribuido poderosamente á aumentar la sensibilidad de su corazon hasta el punto en que ayer la hemos visto; y me estoy temiendo que estos accidentes se reproduzcan más de lo que debieran y pongan por último en peligro su vida... Por eso creo debemos evitarle en todo lo posible toda clase de impresiones fuertes... ¿No sois de mi opinion, Fernando?

—Sin duda; pero creo se corregirá del todo en cuanto permanezca algun tiempo en el campo...

—En esto tengo fundadas mis mayores esperanzas...

En fin, D. Antonio habló de manera que se comprendia el cariño que tenia á su pupila, lo mismo que el interés y simpatía con que la miraba Fernando; interés y simpatía que no dejaba de ver con gusto, ya por las buenas cualidades que á éste adornaban, y de que tenia conocimiento, ya porque era del agrado de Cristina, á quien, como hemos dicho, queria como las niñas de sus ojos.

Ambos á dos seguían paseando por la huerta, sosteniendo un animado diálogo que poco á poco fué haciéndose científico, tomando por base las producciones naturales del país, que para él eran enteramente nuevas; discuriendo sobre la Botánica, hacia la cual D. Antonio tenia mucha aficion y poseia en ella no vulgares conocimientos, cuando aparecieron Cristina y Adela, interrumpiendo esta última á los dos embelesados naturalistas con las siguientes palabras:

—¿No es verdad, Fernando, que le sienta admirablemente este peinado á Cristina?...

Fernando nada acertó á contestar; fijos sus ojos en su amada, la contemplaba admirado. La verdad era que Cristina estaba bellísima; parecia un ángel bajado del cielo: nunca le habia parecido tan hermosa como en aquel momento.

—Amada Cristina (le dijo Antonio), estoy seguro que dentro de algunos dias te has de encontrar muy buena... y has de recobrar la tranquilidad de espíritu...

—Es cierto, querido tutor, que me encuentro más animada. ¡Con razon suspiraba yo por el campo!...

—Pues ya estás en él, Cristina, hija mia; pero es preciso aprovecharse de todo lo bueno que ofrece... no tener más de un solo pensamiento... ¿entiendes?... de gozar de gozar de sus encantos... le replicó don Antonio.

La conversacion fué haciéndose general entre los cuatro únicos personajes de nuestra historia, sostenida en su mayor parte por Adela, que la amenizaba con la viveza y gracia natural de su ingenio.

En un momento en que D. Antonio, despues de haber cogido una flor de las muchas que por allí habia, estaba entretenido en estudiarla, dando una leccion práctica de Botánica á Adela, que le oia con interés y atencion, se encontraron Cristina y Fernando á alguna distancia de ellos, de manera que podian hablarse sin ser oídos...

—Decia tu amiga Adela que te sentaba admirablemente ese peinado; pero yo te diré que estás hermosísima, Cristina, y que mi corazon rebosa de alegría al contemplarte así tan de cerca y en medio de este jardin delicioso: mi alma no siente más que la dulzura de un tranquilo amor, y desea saber si el tuyo le corresponde...

—En medio de mi orfandad y mi dolor, Fernando, solo una esperanza me sostenia, y era tu recuerdo...

—¡Ah, Cristina, perdóname que te haya confundido con tantas mujeres que olvidan á los que las han querido con toda sinceridad y amor! para mí ya no eras más que un dulce sueño con el que entretenia las horas tristes de mi vida.

Diciendo esto, se sentaron estos dos afortunados amantes en un banquillo cubierto de césped que estaba casi á sus espaldas, continuando su amorosa y entretenida plática.

Aquí puede figurarse el lector lo que se dirian Cristina y Fernando en aquel momento, dominados por el amor más puro y santo. Ella era candorosa, ideal, pero profundamente cristiana, y solo veia en

él al que había de unirse por un lazo indisoluble confirmado por Dios: no adelantemos, sin embargo, ideas que más adelante hemos de exponer; lo que sí diremos es, que cuando aparecieron de nuevo don Antonio y Adela, les pareció tan corto el tiempo transcurrido, que se imaginaron acababan de sentarse en el asiento de césped, cuando hacia ya más de una hora que estaban hablándose.

—Esto se hará muy monótono, Fernando, si no lo amenizais de alguna manera, dijo Adela acercándose a los dos afortunados amantes. Yo propongo para hoy una excursión: esas orillas de la ría, que son tan alabadas y con justicia, me parecen el punto más a propósito para una comida de campo. ¿Aceptais?...

Desde luego fué aceptado el pensamiento, y se dispuso en el acto la partida. Algunas observaciones prudentes y oportunas hizo D. Antonio; pero fueron prontamente combatidas y pulverizadas por la irresistible elocuencia de Adela.

Los alrededores de la aldea donde tienen lugar los sucesos que vamos narrando, son preciosos y pintorescos; las orillas de la ría, que corre por uno de sus lados, son también encantadoras: hacia allí se dirigieron los héroes de nuestra historia.

Era por el mes de Mayo, y caminaban todos ellos pisando una verdadera alfombra de flores, y bajo la sombra, unas veces de los manzanos, otras de los perales, y las más de copudos castaños que los defendían de los rayos de un sol purísimo que parecía clavado en un cielo azul; llegados que fueron a la orilla de la ría, que por aquella parte era caudalosa, hizo alto la caravana, pues Cristina ya se sentía fatigada.

El panorama que se divisaba desde aquel lugar era bellísimo; en la margen opuesta de la ría, que

podía tener de ancho como una milla, se distinguían repartidas aquí y allí blancas casitas, que parecían palomas bebiendo en sus aguas. Por un lado, hacia la derecha, se descubría el mar perdiéndose entre el cielo en un extenso horizonte; mirando a la izquierda, el cuadro aún era más encantador; pequeños montecillos se levantaban imitando las engranaduras de una piña, coronadas de árboles variados, y a lo lejos confundíanse árboles y montes con las casas que los poblaban; y en suma, las vueltas y revueltas que daba la ría, formaban valles deliciosos alumbrados con una tinta de un color tan dulce y suavísimo, que fascinaba como una armonía desconocida.

Adela, llena de entusiasmo ante aquella rica naturaleza, no podía estar sosegada un momento, y corría de un lado al otro buscando diferentes puntos de vista, llevando y trayendo a D. Antonio, que no estaba menos entusiasmado que ella.

Fernando, acercándose a Cristina, le dijo:

—¿No es verdad que esto es hermoso?

—Muy bello es, Fernando...

—Pero cuando el alma respira aquí al lado de otra alma, unidas ambas en Dios, más bello y hermoso parece, Cristina. Yo, que he contemplado tantas veces este paisaje, puedo decirte que nunca lo he hallado tan hermoso y encantador como ahora...

—Fernando, ¿podríamos dar un paseo por la ría? Salió diciendo Adela al aparecer en medio de los dos amantes.

—Vaya si podríamos; con desamarrar aquel bote que allí está, ya tendríamos todo hecho...

—Pues ahora mismo, contestó Adela...

—¿Pero quiénes van a ser los viajeros? añadió D. Antonio, que venía detrás de Adela.—Cristina

no puede acompañaros, ¿no es verdad? Podría marearse...

—Tiene usted razón, querido tutor...

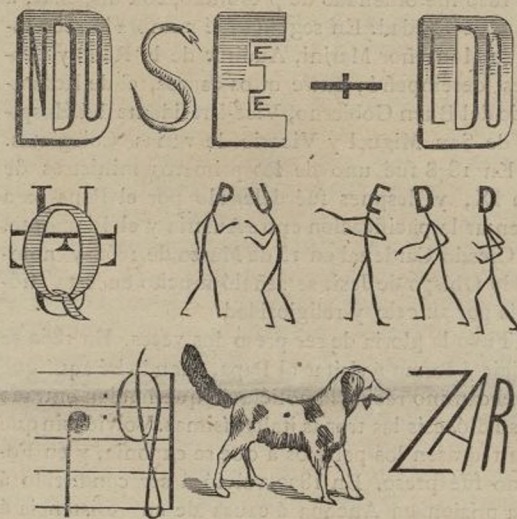
—Cuando te sientas más restablecida, entonces yo te acompañaré...

(Se continuará.)

Solución del jeroglífico del número anterior:

Si dudas, calla.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

LIBROS.

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION en los siguientes sujos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del señor Nocedal. Su precio, 16 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 4.

Los pedidos a esta Administracion, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

CANTICO AL HOMBRE,

POR

D. F. SANCHEZ DE CASTRO.

(Leído en el Teatro Español.)

Se vende en las principales librerías, al precio de cuatro reales ejemplar en toda España. Los pedidos para provincias pueden hacerse al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, acompañando al pedido el importe.

Por cada pedido de diez ejemplares se dará uno gratis.

GRABADOS.

En la Administracion de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

Hay mucha variedad y se darán a precios arreglados. Horas de despacho: de diez a seis todos los días no festivos.

CROMOS.

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta Administracion, al precio de 6 reales ejemplar.

MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo, por

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.

LA ILUSTRACION CATOLICA.

DIRECTOR: DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VI INTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, principal, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de Provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bnos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero estos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

EL SABIO IDIOTA.

CONTEMPLACIONES ACERCA DE LA SANTISIMA VIRGEN

POR EL B. RAIMUNDO JORDAN,

LLAMADO COMUNMENTE

EL IDIOTA.

TRADUCIDAS Y ARREGLADAS PARA EL MES DE MARIA POR DON NICETO ALONSO PERUJO.

(Segunda edición.)

Esta preciosa obrita forma un volumen en 12.º, y se vende á peseta en la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia.

Se envía á Provincias franco de porte.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA.

COMENTARIO PIADOSO A LA

IMITACION DE CRISTO,

POR EL EXCMO. E ILMO. SR. D. ANTONIN MONESCILLO, ARZOBISPO DE VALENCIA.

Véndese esta obra en Madrid, al precio de 5 rs., en las librerías de Tejado, Aguado y Olamendi, y al por mayor en la Administracion, calle de Balmes, 3 (Chamberí), imprenta, donde se abonará el 20 por 100 á las personas que tomasen 25 ó más ejemplares.

JESUCRISTO,

MAESTRO DIVINO DE LAS NACIONES.

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIN MONESCILLO, ARZOBISPO DE VALENCIA.

Véndese esta obra, como la anterior, en Madrid, al precio de 5 rs., en las librerías de Aguado, Tejado y Olamendi, y al por mayor en la Administracion, Balmes, 3 (Chamberí), imprenta, donde se abonará el 20 por 100 á las personas que tomasen 25 ó más ejemplares.

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA

DE

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

POR

DON MIGUEL GARCIA ROMERO.

El autor de este libro ha hecho una rebaja de un 50 por 100 á favor de los suscritores de LA ILUSTRACION CATÓLICA. Enviando cuatro y medio se remitirá franco de porte.

CONTESTACION

Á LA HISTORIA DEL CONFLICTO ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA, DE JUAN GUILLERMO DRAPER

por el

PADRE FR. TOMAS CAMARA, Profesor del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

Un hermoso volumen en 4.º mayor de 580 páginas. Se vende en las librerías católicas al precio de 36 rs.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA,

POR EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

D. FR. ZEFERINO GONZALEZ,

OBISPO DE CORDOBA.

Véndese esta obra en Madrid, al precio de 80 rs., en las librerías de Tejado, Aguado y Olamendi, y al por mayor, en la Administracion, calle de Balmes, núm. 3 (Chamberí), imprenta, donde se hará una notable rebaja.

COTOLAY.

LEYENDA PIADOSA

POR DON RAMON SEGADÉ.

Esta obrita, de 59 páginas, de buena impresion y papel, véndese en las librerías de los Sres. Aguado, Olamendi, hijos de Fé y Bailly-Baillière, etc., al precio de 2 reales.

Los pedidos se dirigirán al autor, calle de la Sinagoga, 9, Coruña, acompañando el importe en libranzas.